

# *De mis lecturas vengo*

*por Antonio Martín Oñate*



Depósito Legal: MA-776-2008

Qué vulnerable se siente uno aquí, solo frente a muchos ojos que te miran y te analizan; frente a igual número de oídos que percibirán al instante cualquier temblor de mi voz, cualquier titubeo, cualquier duda o desliz en mis expresiones... ¡Cómo envidio a quienes suben decididos a una tribuna, miran retadores al auditorio y, al igual que los chamanes, brujos o magos encantadores, someten a la audiencia con la magia de sus gestos y el poder seductor de sus palabras...! Yo no, yo estoy ante ustedes desprotegido, sin ningún arte ni arma que me haga inmune,

como aquel niño de sólo 9 años que se puso, hace ya bastante tiempo, frente a un tribunal de cinco sesudos profesores para superar el obligatorio examen de ingreso al bachiller. Igual que entonces me tiemblan ahora las piernas, que soportan a duras penas el enorme peso de la responsabilidad con que voluntaria y libremente he cargado. Sólo viene en mi ayuda, y bien lo saben quienes me conocen de cerca, la conciencia cierta de que estoy entre amigos, amigos que venimos conspirando desde hace tiempo a favor de la cultura del libro.

Me considero un resistente de la Feria del Libro de Málaga, o un histórico, si lo prefieren. Empecé a participar en su organización allá por 1970. Todo este tiempo, compartiendo con libreros y editores las incertidumbres y los avatares que rodean inexorablemente una convocatoria de estas características, me ha ayudado a conocerlos y a comprenderlos en su noble afán por mantenerse como mediadores necesarios entre los libros y sus lectores. He asistido año tras año a la puesta en escena de nuestra Feria del Libro, casi un milagro, que sólo gracias al tesón y a la voluntad de estos profesionales, con la inestimable colaboración de los representantes de las instituciones oficiales

(Ayuntamiento, Diputación, Junta de Andalucía y Universidad), se hace realidad puntualmente cada última semana del mes de mayo. Luego, cuando la Banda Municipal de Música interpreta los alegres y clásicos pasodobles, que son el preámbulo de la inauguración oficial a cargo de las autoridades, nadie recuerda ya que un año más la Feria ha estado a punto de no celebrarse.

A lo largo de sus 37 ediciones he gozado de magníficos pregones. Antes de ahora el pregón tenía como escenario el patio principal del palacio de los Condes de Buenavista, entonces Museo Provincial de Bellas Artes, (nuestro actual Museo Picasso). Entre aquel entonces y este ahora medió el salón del Palacio del Obispo y algún que otro lugar más. En mi memoria permanecen los magníficos pregones de Rafael Pérez Estrada, Pablo García Baena, Antonio Garrido Moraga... Fue Rafael Pérez Estrada quien dijo en las palabras previas al suyo: “algún día seremos juzgados por nuestros pecados y también por nuestros pregones”. Mucho me temo que pueda ser cierto.

Nunca, hasta este momento, un bibliotecario había disfrutado del privilegio de ser pregonero de la

Feria del Libro de Málaga. Me cabe, pues, ese honor. He pasado mi vida rodeado de libros. En mi casa y en mi trabajo los libros han sido el paisaje y el objeto de mis diarios afanes. Ellos me proporcionan una fuente inagotable de conocimientos y sensaciones; porque, como las relaciones humanas, como el amor, los libros son la vida misma... Cuántos libros nos han atraído de tal manera que, en un momento dado, inmersos ya, irresistiblemente, en la íntima profundidad de su historia, aislados ambos –libro y lector– y envueltos en una atmósfera exclusiva, donde sobra todo lo demás y hasta queda por momentos suspensa y casi ausente la propia respiración, hemos sentido que aquello se acababa y, en ese mismo instante, hemos deseado que no fuese así, que surgiera, por favor, una causa, una circunstancia que prolongara tan placentero momento al que estábamos totalmente entregados... Es el poder de las palabras, que nos atrae y nos retiene, que nos premia o nos castiga, concepto realmente afortunado que está en el fondo del argumento de magníficas obras literarias de todos los tiempos.

Entre las más recientemente editadas *El origen perdido*, de Matilde Asensi, donde un joven, que se apropió indebidamente de la tesis de una arqueóloga

estudiosa de la lengua *aymara*, permanece desde ese momento en un profundo estado vegetativo. Urge descifrar ese texto, en el cual figura la palabra que le devolverá la salud. Sólo con la ayuda de los *yatiris*, un pueblo aislado del resto del mundo en las selvas de Bolivia, se consigue. También en *La ladrona de libros*, del autor australiano Markus Zusak, Liesel, una niña alemana, en el sótano de cuya casa sus padres mantienen escondido a un joven judío, consigue su propia salvación en la Alemania nazi al descubrir el poder de las palabras, que es el mismo poder del que se servía Hitler para manipular la mente de los alemanes, pero que ella utiliza para alejar el miedo de sus vecinos leyéndoles libros durante las terribles y oscuras noches de bombardeos...

Pero entremos, sin más preámbulo, en el pregón. *Praeco* llamaban los antiguos romanos al pregonero, palabra que significaba –y lo sigue significando también hoy– ir delante cantando, dejándose oír, anunciando las excelencias de una persona o cosa. De ahí esa especie de cantinela con la que muchos vendedores pregonan su mercancía. En Cádiz hubo un cantaor llamado Macandé, que pregonaba caramelos por las calles. Lo hacía a compás y con aires de *siguiriya*, creando una variante flamenca que

ha pasado a enriquecer los palos de este arte con el nombre de su propio autor. Málaga posee una rica tradición pregonera. Somos muchos los que aún recordamos los pregones que hacían los cenacheros para vender su pescado recién sacado del mar en las playas de El Bulto y de la Malagueta, y los de los biznagueros con sus olorosos jazmines ensartados en una biznaga. Algunos de los pregones se hacían por *jaberas*, una variante de la malagueña. Hay una letra que explica su origen:

*Dos hermanas, dos mozueltas  
del barrio La Trinidad,  
pregonaron por jaberas  
y desde entonces “pacá”  
las canta Málaga entera*

El pregón, además de ser cantado, debía contener un componente seductor para atraer la atención del público. Y si se pregonan los caramelos, el pescado y las biznagas por qué no vamos a pregonar la bondad de los libros. Esto último voy a intentarlo; de lo primero, por favor, olvídense. Si yo pretendiera agradecerles a ustedes cantando, sería tal el escándalo que este pregón pasaría sin remisión a la historia de los más grandes despropósitos ocurridos

en nuestra ciudad. Entonces sí que se haría realidad la premonición de Rafael Pérez Estrada “por nuestros pregones seremos juzgados...”, y condenados en mi caso.

Ahí fuera, casi camufladas bajo la generosa sombra de los almeces y de las palmeras de nuestro parque, están alzándose ya las casetas en las que a partir de mañana cientos de libros, fruto de la memoria infinita de la humanidad, nos acecharán imperturbables, como sabios testigos del tiempo y de la historia, como exorcistas que se nos ofrecen para erradicar nuestras ignorancias y los miedos infundados que nos esclavizan y nos acobardan. ¿Qué esperan de nosotros? ¿Qué esperan de Málaga y de los malagueños esos libros? Cuánto me gustaría dialogar con ellos y saber si los estamos decepcionando...

Yo os convoco, en la complicidad de este ambiente que nos acoge y nos une en una actitud atenta y, al mismo tiempo, relajada, porque sabemos que ni aquí ni afuera nos aguarda otra cosa que no sean las palabras y mensajes, que nos hacen cómplices en nuestra forma de afrontar la vida, en esta tarde cálida que lucha por mantenerse despierta a fin de

abrazarnos cuando termine este acto, a que acudáis a su encuentro y entabléis un diálogo de amigos. Que nadie olvide que los libros tienen su razón de ser en la lectura. Creo que fue Simone de Beauvoir quien afirmó que sólo se llega a sentirse mujer gracias a la mirada de los hombres. Algo parecido podemos decir de los libros, que, aún existiendo, sólo alcanzan a ser lectura, a ser libros, cuando unos ojos humanos se detienen en ellos y, contemplándolos en su conjunto y en sus detalles, mirándolos con concentración, les dicen: “háblame”.

El libro es un producto destilado que acoge aquello que está llamado a permanecer. En sus páginas sabios y experimentados artesanos de todas las disciplinas, de todas las facetas de la vida han ido depositando a lo largo de los siglos las fórmulas de las distintas ciencias, la memoria imprescindible de la historia, las pócimas impagables que nos conducen al reino de la fantasía y de lo imaginario, ayudándonos de esa manera a elevarnos muy por encima de nuestra condición primera de animales terrestres, sometidos a la inexorable ley de la gravedad.

Los bibliotecarios somos conscientes de que no todo lo que conservamos en los fondos de

nuestras bibliotecas responde a la verdad. También conservamos libros que contienen muchas mentiras; pero es que las mentiras en la pluma de un buen fabulador pueden convertirse en maravillosas aventuras. ¿Cómo ateniéndose sólo a la verdad existente y contrastada se podrían haber escrito tantos libros que nos entusiasman y nos despegan de la realidad diaria? Así esa fantástica colección de cuentos titulada *Las mil y una noches* o *La divina comedia*. Mentir de esta manera es un arte al alcance de muy pocos. Otra cosa es la ciencia ficción. Los libros están formados con páginas del pasado y del presente, pero hay escritores que, adelantándose a su tiempo, escriben las páginas del futuro. ¿Quién no conoce los libros de Julio Verne, en los que nos hablaba de artefactos que no existían y sólo alcanzaron a ser realidad un siglo después, *20.000 leguas de viaje submarino*, *Cinco semanas en globo* o *Viaje a la luna* ?

He oído o leído a alguien que “querer leer un libro es ya un privilegio”. Querer leer, aunque no sepamos leer, es un intento de satisfacer la dosis de curiosidad que en mayor o menor grado nos acompaña desde la niñez. Es lo que lleva a mi nieto a preguntarme cuando me ve leyendo “¿qué dice ahí?”.

De alguna manera él sabe que esas páginas llenas de caracteres negros sobre blanco y, en algunos casos, ilustraciones, deben contar algo interesante que acapara la atención de su abuelo y que él también desea conocer. Estamos de enhorabuena, pues acabamos de comprobar que este niño siente curiosidad por la lectura y la practicará en cuanto madure lo suficiente para ello y los responsables de su educación le ayuden a adquirir la técnica imprescindible. Lo que vendrá después es una trayectoria personal en la que una serie de circunstancias, vicisitudes, cruces de caminos, etc. determinarán si este niño devendrá en un buen lector o, simplemente, será una persona que sabe leer.

La lectura, además de gratificante, es útil. Reconozco públicamente que he tomado prestados, sin permiso de sus autores, versos, frases, palabras que me ayudaron, como plantillas ortopédicas, para alcanzar la altura expresiva que necesité en muchos momentos de mi vida. ¡Cuántos versos de Campoamor, de Espronceda, de Lorca, o de Miguel Hernández puse en mis labios de muchacho para susurrarlos sugestivamente a una chica...! No tuve entonces sentimiento de culpa, como no lo sentí tampoco por encender los cigarrillos al modo que lo

hacía Humphrey Bogart en la película *Casablanca*. Sencillamente, utilizaba los instrumentos que creía adecuados para enamorar. Ahora sé que lo correcto es citar las fuentes; pero eso lo aprendí más tarde, aunque, como podrán comprobar a continuación, no siempre con acierto.

En una ocasión una amiga me hizo el compromiso de intervenir en la ceremonia civil de su boda. Me vi obligado a improvisar cuando me tocó el turno de hablar y vino a mi memoria una metáfora sobre el amor –¡qué mejor tratándose de una boda!– que yo había leído muchos años atrás. La cita en cuestión procedía de la mitología griega o romana: hubo un tiempo en que los dioses crearon unos seres tan hermosos, libres y fuertes que, llenos de soberbia, terminaron rebelándose contra sus creadores. Estos decidieron castigarlos y, a tal fin, desdoblaron a cada uno de ellos en dos mitades y las esparcieron separadamente por el universo infinito. Desde entonces cada una de esas mitades busca sin descanso a su otra mitad y cuando la encuentra surge entre ellas una atracción tan fuerte, un amor tan intenso e irresistible que vuelven a fundirse en uno.

Bueno, parece que la cosa me salió bien y,

terminada la intervención, se me acercó un joven que, tras felicitar-me, me preguntó de qué libro había tomado aquel pasaje tan sugerente. Sin dudarlo, porque así lo creía, le dije que se trataba de *Diario de un seductor*, del danés Soren Kierkegaard. Pero la cosa no terminó ahí, ya que, pasado algún tiempo, el joven volvió a verme y me dijo que había comprado y leído por activa y por pasiva el libro en cuestión y no había encontrado mi cita por ningún lado. Me quedé perplejo. Hubiese jurado que lo había tomado de allí, pero... Lo positivo es que el joven leyó a Kierkegaard.

No sé en qué medida, pero estoy convencido de que somos fruto de nuestras lecturas. El primer libro que recuerdo haber leído fue *La cabaña del tío Tom*, obra de la autora americana Harriet Beecher Stowe. En un estado de la Unión, antes de la abolición de la esclavitud, un rico hacendado, venido a menos económicamente, se ve obligado a vender a un mercader el mejor y más fiel de sus esclavos, el tío Tom, que después de ciertas vicisitudes termina cayendo en manos de un vil propietario de extensas plantaciones de algodón. Tom se niega a maltratar a los otros esclavos, negros como él, tal como le exige su amo y patrón, quien enfurecido por esta actitud,

le manda azotar hasta la muerte. En sus últimos momentos de agonía recibe la inesperada visita del hijo de su primer amo, que le ha encontrado finalmente y viene dispuesto a pagar su rescate para que vuelva con los suyos, pero ha llegado tarde y ya sólo alcanza a oír, como un susurro, las últimas palabras de amor y perdón que consiguen salir de los labios del viejo esclavo. De todas formas el joven ha aprendido una magnífica lección y, apenas regresa a su casa, libera de inmediato a sus esclavos.

Desde las primeras páginas me sentí captado por la narración y solidarizado con el personaje principal –el tío Tom–, sin acertar a comprender cómo una persona tan decididamente buena podía ser objeto de tanta injusticia y tanto sufrimiento. Lloré en silencio y a escondidas (en aquel tiempo ya desde niño te decían aquello de “que los hombres no lloran”). Independientemente de sus valores literarios, que yo, por mi corta edad, no estaba en condiciones de discernir, el libro me aportó un fuerte sentimiento de indignación y rebeldía. Creo que el hecho, probablemente casual, de ser éste el primer libro que leí completo me habilitó para ser lector el resto de mi vida.

No dudo en asegurar que los libros me han ayudado a ir por el mundo, conformando mi conducta y salvándome no ya de peligros y tentaciones, sino de mí mismo. Si *La cabaña del tío Tom* me predispuso a rebelarme contra la injusticia y a solidarizarme con los oprimidos otros muchos libros después me han abierto nuevos horizontes, haciéndome más independiente y, probablemente, más incómodo. Cada libro que leemos nos ayuda a avanzar en la construcción de nuestra propia personalidad, que se hace más sólida y reflexiva y, al mismo tiempo, menos vulnerable.

¿Qué hubiera sido del mundo sin libros? Es cierto que antes que los hubiera –no sólo antes de los cinco siglos transcurridos desde que Gutenberg ideara la imprenta, sino desde antes incluso del pergamino y de las tabletas de arcilla– los hombres alcanzaron a transmitir oralmente conocimientos y experiencias útiles para sobrevivir en una naturaleza que les era hostil; pero también es cierto que esta comunicación verbal quedaba necesariamente reducida al lugar y al momento en que se producía. Me estoy refiriendo a un tiempo anterior a la aparición de la agricultura, esto es, antes de la primera de las olas que tan documentadamente nos expone Alvin Taffler en su

libro *La tercera ola*. Los dibujos y signos que los hombres prehistóricos grabaron en las paredes de las cavernas sólo fueron útiles para el reducido clan que en ellas se refugiaba. Fue la aparición de los libros lo que hizo posible el milagro de llevar de un extremo a otro de la Tierra *lo que en cualquier lugar de ella fue fijado en sus páginas*, salvando distancias y tiempo y contribuyendo decididamente al desarrollo de la Humanidad.

Pido benevolencia para mi entusiasmo, que es común a todos mis compañeros de profesión. Los bibliotecarios tenemos encomendada la noble misión de mantener vivo el fuego de la lectura, que alumbró el entendimiento de los hombres y, de esta manera, colaboramos en el avance del respeto mutuo y de la convivencia pacífica entre personas, pueblos, etnias y religiones, al tiempo que ponemos a su disposición herramientas imprescindibles para el progreso. Detrás de cada libro –no lo olvidemos– hay un autor: un maestro que nos enseña, un poeta que nos deleita, un médico que nos cura, un filósofo que nos invita a la reflexión, un científico, un historiador... Todos ellos nos transmiten generosamente el fruto de los conocimientos que acumularon a lo largo de su vida de estudio y experimentación y lo hacen

como quien entrega el testigo en una carrera olímpica, para que no nos paremos y sigamos avanzando en la conquista de la verdad. ¿Hay algo que pueda ayudarnos tanto? ¿Hay una expresión más genuina de la generosidad?

Los libros envejecen con nosotros. También ellos, con el paso del tiempo y con el uso, se van ajando y se arrugan igual que se arruga la piel de nuestras manos y de nuestra cara. Su aspecto exterior nos denuncia a simple vista cómo han sido tratados y cuál ha sido su azarosa vida. Mis libros, por supuesto, han ido envejeciendo conmigo. Ellos, como yo, reflejamos el paso de los años..., pero permanecemos juntos y me siento feliz y arropado con su compañía. ¿Por qué había de cambiar mi vieja edición de *La cabaña del tío Tom* por otra más moderna, si fue con la que leí por vez primera un libro? Tampoco a mí me han cambiado por otro las personas que me quieren. Es en estos libros que envejecen a mi lado donde se conservan los originales de los conocimientos que han conformado mi personalidad, que han dado lugar al hombre que soy. Yo represento la copia y a ellos acudo de inmediato cuando algo se me borra o se me olvida.

Hasta ante adversidades realmente terribles los hombres hemos sabido utilizar nuestro ingenio para salvar la herencia del pasado que guardan los libros. Ray Bradbury, en su estremecedora novela de ficción *Fahrenheit 451*, nos retrata una sociedad futura donde quedaría prohibida la lectura, procediéndose por decreto a la quema sistemática e implacable de todos los libros, que arden a la temperatura de 451 grados Fahrenheit; esto es algo más del doble de la temperatura que necesita el agua para hervir (100 grados centígrados). Ante tan terrible perspectiva los habitantes se confabulan para memorizar urgentemente los textos de los libros más importantes, salvándose de esa manera de ser despojados de su propia identidad, al retener para reescribirla posteriormente la historia de sus orígenes, sus tradiciones y su legado religioso y cultural. Es, en esencia, el mismo argumento que nos ofrece Lucía Graves en su novela *La casa de la memoria*. En este caso estamos ante la historia de Alba, una adolescente elegida por los rabinos de la comunidad judía de Gerona para memorizar el libro de cábala. Ante el inminente éxodo al que les obligaba el edicto de expulsión decretado por los Reyes Católicos, y sabiendo que no les dejarían pasar por la frontera más que lo estrictamente imprescindible para su supervivencia, Alba

asumió la responsabilidad de transportarlo en su memoria hasta llegar a Tesalónica, punto final de su duro peregrinaje, donde, finalmente, pudo recitarlo para que un escribano le devolviera su forma de libro. Los enemigos de las libertades saben que un árbol sin raíces cae a poco que sople el viento y que un pueblo sin identidad propia es fácil de someter y aniquilar. Lo que somos, tanto a nivel individual como a nivel colectivo, se conserva en los libros. En ellos, ya sea en las paredes de las cuevas, en las tabletas de arcilla, en los papiros, en los códices, en los libros que nos enseñó a imprimir Gutenberg y en los que actualmente podemos leer en Internet, todas las generaciones que se han venido sucediendo han dejado cuidadosa constancia de sus avatares, de sus ilusiones y, también, de sus fracasos, de sus avances y retrocesos, de sus conquistas y de sus derrotas, de sus alegrías y de sus penas.

Aunque no siempre reparemos en ello es sencillamente maravilloso que todos o casi todos sepamos leer y tengamos el privilegio de interpretar los mensajes que nos llegan a través de los libros; pero no siempre ha sido así. No queda tan lejano el tiempo en que en las plazas de los pueblos y ciudades, en las fábricas y en las casas a la luz y al calor de una

chimenea, alguien que sabía leer, un privilegiado, leía para todos un cuento o una novela, regalándoles deliciosos momentos de ensoñación que los alejaban de la pesadumbre de una vida precaria y dura. La imagen de un hombre o una mujer, una niña o un niño leyendo ausente y solitario no debe movernos a compasión por su soledad sino, en todo caso, a admiración o envidia. Nadie por muy aislado que parezca está realmente solo si tiene un libro.

Llevo ya un buen rato diciéndoles que me gusta leer, que me siento realizado con la lectura y que no concibo mi vida sin libros... Y estoy convencido de que igual sienten ustedes. ¿Para qué entonces el pregón? Piensen, por favor, que no ha existido. Dejémoslo en que toda mi intervención ha tenido como finalidad invitarles a visitar la Feria del Libro para que tengan un agradable encuentro con las muchas novedades que se nos ofrecen. Así, de esta manera, evitaré que se cumpla en mi persona el augurio de Rafael Pérez Estrada y eludiré ser juzgado por este pregón...



la edición de

*De mis lecturas vengo*

*por Antonio Martín Oñate*

compuesta en caracteres caslon, consta de 500 ejemplares impresos en imprenta Imagraf de Málaga, la presente entrega se ha tirado hoy miércoles 24 de mayo de 2008, al cuidado de M<sup>a</sup> Carmen Gontán Morales con motivo de la xxxvii Feria del Libro de Málaga





